

VADE
RETRO,
SATANÁS

WADSWORTH
REYNOLDS
PUBLISHING

PADRE AMORTH

**VADE
RETRO,
SATANÁS**



SAN PABLO

- © SAN PABLO 2016 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es
- © EDIZIONI SAN PAOLO s.r.l., Cinisello Balsamo (Milán), 2013

Título original: *Vade retro Satana!*
Traducido por: Justiniano Beltrán
Corrección: Henry Isaac Peña Grajales

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-5231-8
Depósito legal: M. 39.225-2016
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

Presentación

En la actualidad se presentan con frecuencia, incluso entre los fieles cristianos, dos modos de acercarse al tema «demonio», ambos equivocados.

El *primero*, dictado por cierta ignorancia y credulidad, así como por una buena dosis de superstición, es el que lleva a temer al diablo de manera confusa, supervalorando algunos aspectos e infravalorando otros, dejándose condi-

cionar por la imagen común, más bien pagana, de los cuernos, la horca y el olor a azufre. La otra cara de este enfoque se traduce en un malsano acercamiento al Maligno, motivado por una curiosidad morbosa que lleva a interesarse por las cuestiones ocultas, la magia, el espiritismo y todo cuanto es potencialmente desestabilizador para la psique humana (y a menudo perjudicial para el alma). A esto se suma la visita a figuras por lo menos ambiguas como los magos, adivinos y quirománticos para recibir alguna ayuda o consejo en los asuntos más importantes de la vida.

El *segundo* modo, igualmente peligroso, es hijo de la cultura y la mentalidad laicas de los últimos dos o tres siglos, y tiende a considerar con cierta distancia y superioridad la figura del demonio (y todas las otras cuestiones sobrenaturales), o a no considerarla en absoluto, alardeando de una ignorancia deliberada o de una indiferencia peligrosa

—como solía decirse—, precisamente porque nos priva de las defensas sencillas y de la cautela contra los asaltos del Maligno. En efecto, si se quiere combatir al enemigo y tratar de derrotarlo, siempre es mejor conocerlo; no en vano la estrategia del demonio es a menudo la de hacer dudar de su existencia para poder obrar con tranquilidad.

Durante los 27 años en los que ejerció el ministerio de exorcista en la diócesis de Roma, el padre Gabriel Amorth —fundador y presidente honorario de la *Asociación Internacional de Exorcistas*, y alumno, como le gustaba definirse, del padre Cándido Amantini— siempre trató de calmar, tranquilizar e instruir a las personas que acudían a él para consultarle sobre presencias y fenómenos demoníacos, ya fueran verdaderos o presuntos, acercándolas a Dios. Valiéndose del reconocimiento y de la notoriedad que consiguió, intentó, a través de sus publicaciones y entrevistas, llegar al

mayor número posible de personas, para difundir el conocimiento de los peligros y la forma correcta y libre de hacer frente al demonio y a todas sus emanaciones. Por ello, el padre Amorth, con la pacífica firmeza que lo caracterizaba, no dejó de reprochar al mismo clero católico su escasa preocupación y su grave falta de preparación en lo referente a la actividad extraordinaria de Satanás y, consecuentemente, al rito del exorcismo. Dentro de la Iglesia, los sacerdotes deberían ser las personas más preparadas para ayudar, sostener y dirigir bien a las personas confundidas y asustadas, explicándoles cuál es la naturaleza diabólica de Satanás, cuáles sus fines y su modo de obrar, y cómo oponerse a ellos.

Este libro, en su sencilla estructura, se propone ante todo clarificar, en conformidad con la Teología y la doctrina católicas, las figuras de Satanás y sus servidores, y las relaciones que ellos tienen con las criaturas humanas. Con

ello, pretende también poner en guardia ante el enorme poder que el demonio puede ejercer en el mundo, sobre todo si es ignorado o interpretado mal.

Aludiendo a la dinámica de la relación milenaria existente entre los seres humanos y el Maligno, el padre Amorth explica cuáles son las implicaciones, especialmente para los fundamentos de la fe cristiana, de ignorar la existencia y la acción de Satanás. Nos recuerda con sólida certeza que, aunque la obra disgregadora de Satanás no cesará sino hasta el fin del mundo, él ya fue derrotado por Cristo, y por eso nunca podrá triunfar realmente si el hombre se confía al Hijo de Dios. En el núcleo del discurso queda, pues, confirmada la centralidad de Cristo en la creación y en la obra sacramental del exorcista, que casi a diario se ve enfrentado en primera persona con el demonio, antagonista de Cristo.

El padre Gabriel explica también los orígenes y los motivos de la institución

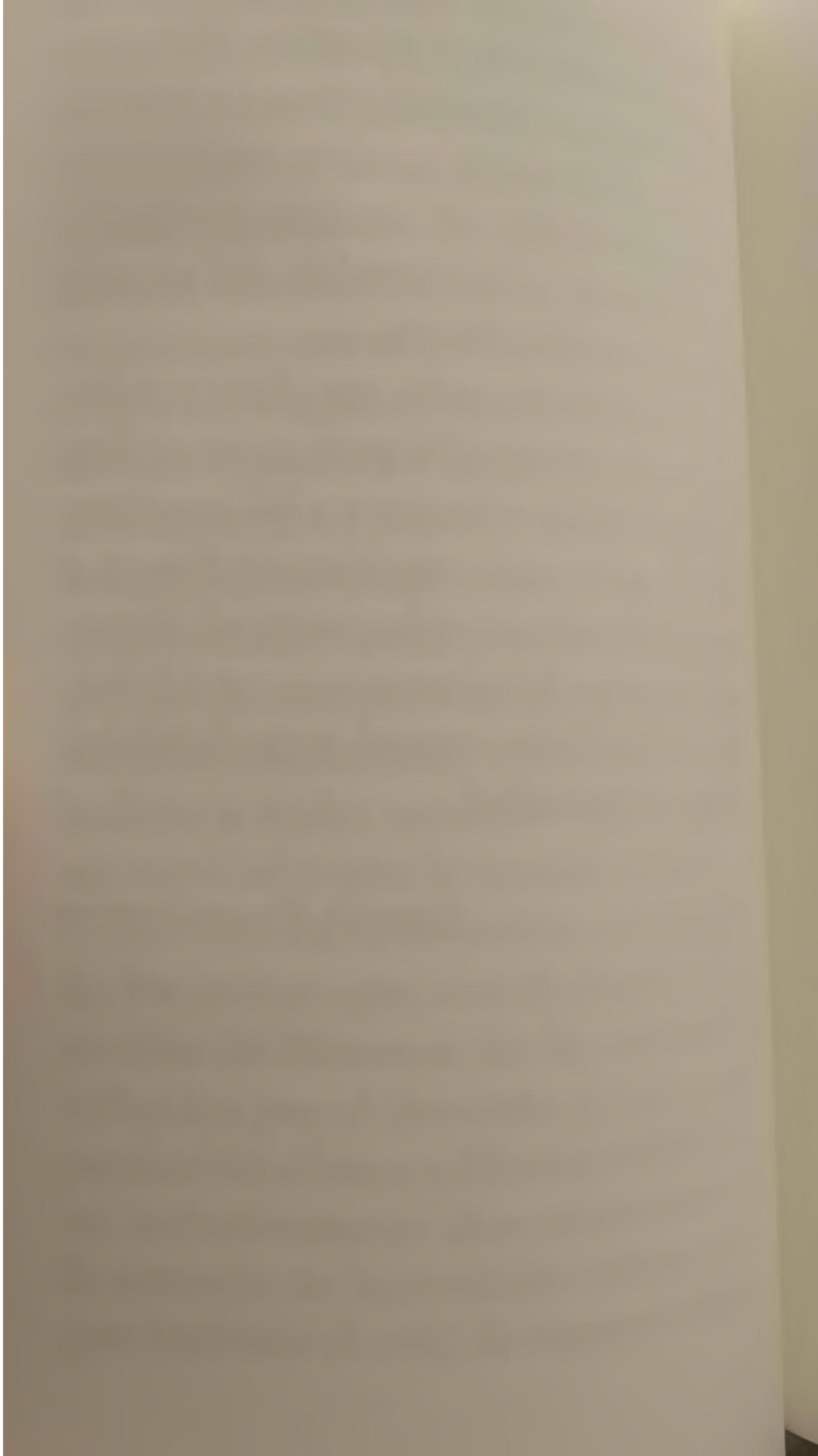
del sacramental del exorcismo en un breve recorrido por las vicisitudes de este ministerio hasta dar cuenta del actual estado de cosas, sin emitir un juicio tajante al respecto. La figura del exorcista es liberada del tizne y del manto inquietante con el que ha sido recubierto por el imaginario común —alimentado con sugerencias fáciles—, gracias a la aclaración de su papel y a la descripción sencilla de su modo cauto y cuidadoso de proceder, de obrar y de aconsejar ante el caso de una persona que siente perturbaciones extrañas, difícilmente atribuibles a males naturales que puedan ser explicados por la ciencia médica.

Por último, se menciona el ejemplo de los santos que, con la fuerza de la oración se liberaron de los tormentos infligidos por el demonio y, con su capacidad de ofrecer a Dios su sufrimiento, indirectamente dan testimonio de la armonía de la creación divina en la que también el mal, de manera miste-

riosa, es reducido a instrumento de un designio benévolo y benéfico. Pero, sobre todo, nos muestran cómo no tenerle miedo al demonio y cómo combatirlo contrarrestando su acción preferida: la de inducir a la tentación del pecado para poseer las almas.

Este texto es, pues, un claro y tranquilizante compendio para quien quiera confiarse a los consejos y a las enseñanzas de quien tuvo experiencia directa y combatió toda su vida contra el demonio; así se podrá acercarse a esa problemática realidad con menos superficialidad y mayor serenidad.

SERGIO RESEGHETTI



¿Satanás tiene realmente poder?

Que quede claro desde el principio que el poder del Maligno, del demonio, es sin duda un gran poder. Basta pensar que san Juan, en su primera Carta, afirma que todo el mundo yace bajo el poder del Maligno: «Sabemos que somos de Dios y que todo el mundo está en poder del Maligno» (1Jn 5,19); dos veces Jesús llama a Satanás, al Maligno, «príncipe de este mundo»:

«Ahora es cuando va a ser juzgado este mundo; ahora el príncipe de este

mundo va a ser echado fuera» (Jn 12,31).

«Cuando él venga [el Paráclito] demostrará al mundo en qué está el pecado, la justicia y la condena. El pecado consiste en que no creen en mí; la justicia, en que me voy al Padre y no me veréis más, y la condena, en que el Príncipe de este mundo está ya condenado» (Jn 16,8-11).

Además, en la segunda Carta a los corintios, san Pablo lo llama «dios de este mundo»:

«Si todavía queda encubierto nuestro evangelio, lo es para los que se pierden, para los incrédulos, cuyas inteligencias cegó el dios de este mundo para que no brille el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios» (2Cor 4,3-4).

Esto significa que se trata de un gran poder que Satanás ejerce sobre cada uno de nosotros. Otro ejemplo que se puede considerar es el episodio de las tres tentaciones de Cristo, en la segunda tentación:

«Luego el diablo lo llevó a un lugar alto, le mostró todos los reinos del mundo en un instante y le dijo: “Te daré todo este imperio y el esplendor de estos reinos, porque son míos y se los doy a quien quiero. Si te pones de rodillas y me adoras, todo será tuyo”» (Lc 4,5-7).

Ante esta propuesta, Jesús no replica —como podríamos esperar— llamando mentiroso a Satanás y recordándole que todos los reinos del mundo son de su Padre. Por el contrario, Jesús responde con una frase de la Sagrada Escritura:

«Al Señor, tu Dios, adorarás, y a él solo servirás» (Lc 4,8).

De esta actitud de Jesús se deduce que el demonio efectivamente puede hacer promesas humanas, en las que caen muchos hombres. ¡Cuántos se postran ante Satanás por amor a la ambición, por amor al poder! Se postran ante Satanás para obtener estos bienes humanos y terrenos que, con todo, ya han sido dados al hombre para que haga un buen uso de ellos en favor de sus hermanos.

En nuestros tiempos, el mundo laico, heredero del iluminismo, del racionalismo y de la difusión del ateísmo, tiende a alejar a los hombres de la fe, especialmente en esta vieja Europa, en países como Italia, España, Francia, Austria, Irlanda, etc., en donde la fe va disminuyendo. El hombre de todas las épocas advierte la insuficiencia de las cosas humanas y por eso siente la necesidad de Dios; pero cuando se aleja

de Dios busca otro punto de apoyo, y así es empujado hacia la superstición, el espiritismo, las sectas satánicas y, en general, todo lo que definimos como ocultismo. En la historia es casi matemático que cuando la fe disminuye, aumenta la superstición. Al parecer, es el mismo mundo laico el que, privado de puntos de referencia, se acerca a la magia, a lo oculto, a las más diversas formas de religiosidad o directamente al demonio mismo. Pero el problema de fondo sigue siendo el bajísimo nivel de fe en esta delicada situación histórica. A menudo, cuando el hombre abandona la fe, se lanza al mundo del ocultismo, un mundo peligroso para la psique humana porque numerosos trastornos psíquicos se deben precisamente a la asistencia a este tipo de prácticas, pero también porque puede abrir la puerta a males de carácter maléfico. No se trata, pues, de que Satanás tenga más poder hoy día, sino simplemente de que

el hombre, con sus actitudes de acercamiento a lo oculto, da más cabida al demonio que en el pasado.

¿Quién es Satanás?

Ante todo, hay que tener claro que Satanás es un ángel que fue creado bueno y después se rebeló contra Dios, se alejó de Dios construyéndose por sí mismo el infierno, el cual, evidentemente, no fue creado por Dios, pues no estaba en sus previsiones originales. Este concepto del origen del infierno es importante, pues se debe exclusivamente a Satanás y a su libre elección de no concordar con la armonía de la obra divina. En cierto sentido, el demonio se convirtió en un antagonista de Dios, en aquel que lucha contra los planes de Dios, porque en primer lugar se rebeló, rechazó la obediencia y el designio que Dios tenía sobre él.

Como hemos dicho, Satanás es un ángel caído y, por tanto, como los ángeles, es puro espíritu. Dado que no tienen un cuerpo, si quieren mostrarse, tienen que asumir una forma visible y sensible adecuada para ser percibida por el hombre. Esta forma es elegida según la misión que deben cumplir.

En el libro de Tobías, por ejemplo, leemos que el arcángel Rafael asume la figura del cuerpo humano de un joven en busca de trabajo para poder así acompañar en su viaje a Tobías, el hijo de Tobit:

«Tobías salió en busca de un hombre que conociera el camino, para que le acompañase a Media, y encontró al ángel Rafael, pero sin saber que era un ángel de Dios. Y le dijo: “¿De dónde eres, joven?”. Le respondió: “Soy un israelita, compatriota tuyo, que he venido buscando trabajo”. Tobías le preguntó: “¿Conoces bien el camino

de Media?”. El ángel le dijo: “Sí; he ido allí muchas veces, y conozco bien los caminos”» (Tob 5,4-6).

Al igual que con los ángeles, para los seres humanos es imposible representarse al demonio, en cuanto criatura de puro espíritu. Y cuando él se presenta, asume una forma provisional y falsa, dependiendo de lo que se propone, según su objetivo. Cuando quiere asustar, asume la forma de un animal espantoso o de un monstruo, en otras palabras, de algo que suscite terror; en cambio, en el caso de que quiera seducir, asume la forma de jovencitas atractivas, como le sucedió al padre Pío cuando el diablo se le presentó en Venafro o como en algunas famosas historietas populares, pero que tienen un fondo de realidad, sobre las luchas entre san Antonio y el diablo en el desierto.

En este punto, ya se ha respondido a la clásica pregunta sobre la existencia de

un diablo con cuernos, cabeza de carnero, cola, pezuñas y alas de murciélago, según las representaciones literarias y populares. Evidentemente, son formas falsas; sin embargo, tienen el valor simbólico de que representan una figura cuasi humana caída en el estado animal, con rasgos animalescos que muestran de manera fácilmente comprensible la corrupción y la degradación obradas por el pecado.

Cómo obra Satanás

No se puede comprender la obra de la redención (es decir, de qué redimió Jesucristo a la humanidad) si no se reconoce la obra disgregadora de Satanás. No en vano, uno de los nombres con los que se le identifica es «diablo», que en griego significa «el que divide, que lanza desde otra parte». Satanás, habiéndose alejado de Dios, trata de alejar también

a las demás criaturas, arrastrando al infierno a cuantas almas pueda para que sigan sus huellas y tengan que padecer su mismo castigo. Como ya se ha subrayado, el demonio primero se rebeló y desde entonces es rebelde en busca de rebeldes que, como él, asuman una actitud de oposición a Dios. El esfuerzo del demonio consiste en que toda la creación se rebele contra su Creador.

El demonio siempre está activo y continuará su obra hasta la parusía, es decir, hasta el regreso de Cristo al final de los tiempos. Tiene dos tipos de actividad: una que definimos como extraordinaria y otra que llamamos ordinaria. La actividad extraordinaria, de la que hablaremos ampliamente enseguida, es ciertamente mucho más rara, aunque el demonio la ha dominado y ejercido siempre, y es la que consiste en causar maleficios o, incluso, la posesión. La actividad ordinaria, que nunca nadie ha negado ni puesto en discusión, es la del

tentador, según la cual él es el que induce al hombre al mal.

Es necesario tener presente que el diablo es sumamente monótono en sus tentaciones y cuando le he interrogado al respecto, ha confirmado su monotonía; pero también ha añadido que, a pesar de ello, nosotros caemos en sus trampas.

El mayor esfuerzo del demonio consiste, pues, en la pura y simple tentación, tentación a la que todos estamos sujetos, hasta tal punto que incluso Jesucristo, al encarnarse y hacerse verdadero hombre como nosotros, semejante en todo a nosotros menos en el pecado, como explica la Carta a los hebreos, aceptó someterse a las tentaciones de Satanás.

«Por lo cual [Cristo] debió hacerse en todo semejante a sus hermanos, para convertirse en sumo sacerdote misericordioso y fiel ante Dios, para alcanzar el perdón de los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber

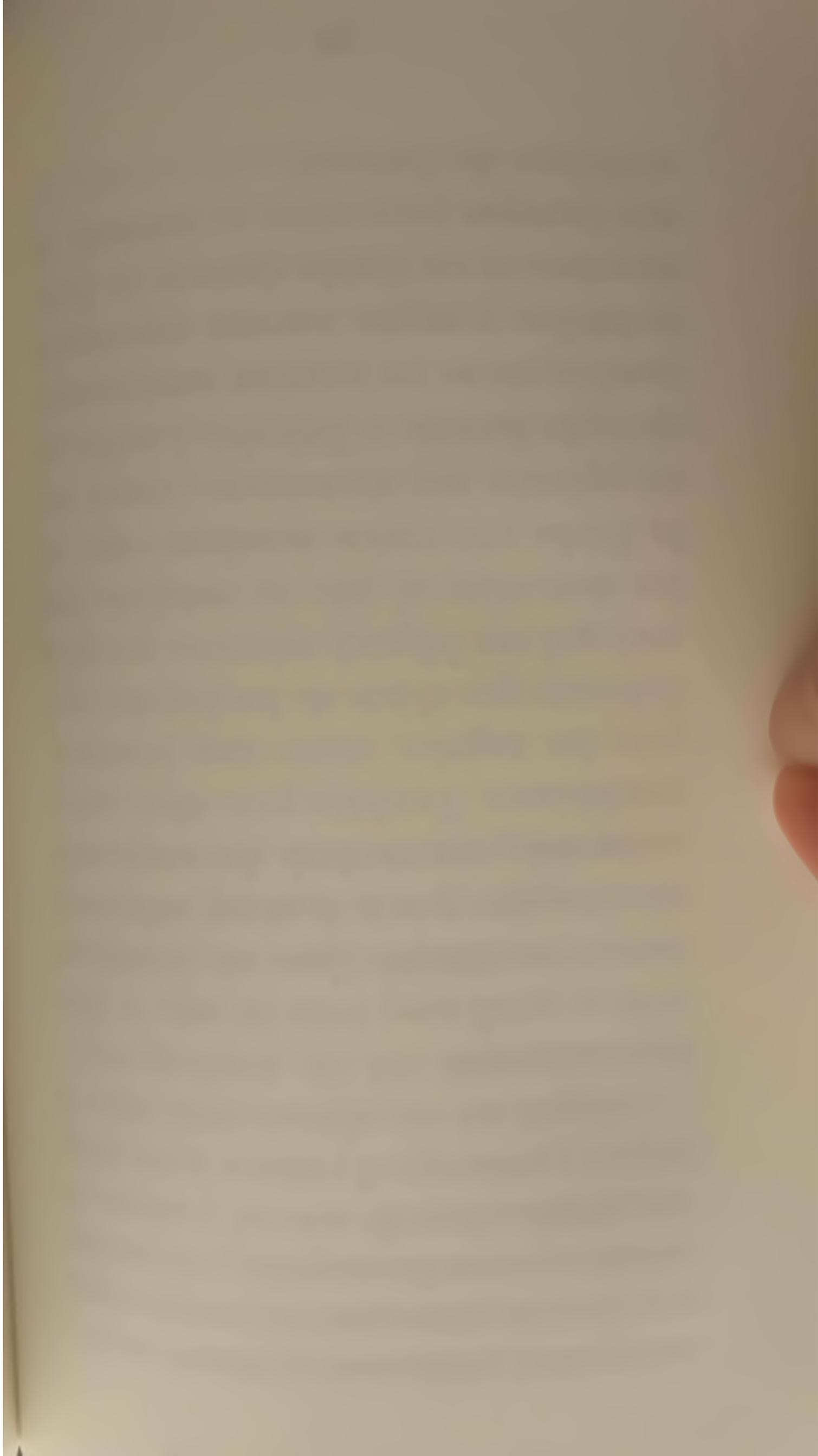
sufrido y haber sido probado, está capacitado para venir en ayuda de aquellos que están sometidos a la prueba» (Heb 2,17-18).

Los demonios

Los siervos del Maligno son los demonios: ángeles que lo han seguido en su caída del paraíso. Los demonios son muchísimos. También para ellos, como para los ángeles, existe una jerarquía. Sabemos que el jefe de los ángeles es el arcángel san Miguel, mientras que para los demonios el jefe es señalado por la Biblia con varios nombres —que en mi opinión son sinónimos—, como por ejemplo Satanás o Belcebú; Lucifer, en cambio, no es un nombre estrictamente bíblico y según nuestra experiencia exorcista es un diablo distinto de Satanás (aunque para otros es también un sinónimo de Satanás).

Los demonios son, pues, jerárquicamente dependientes y están sometidos a una estricta jerarquía, tal como en todas las mafias y bandas de malhechores, regidas por el miedo y la opresión, y no por el amor como sucede con los ángeles.

Los poderes de los demonios son todo lo que les sirve para llevar a cabo su misión, la cual consiste en tentar al hombre hacia el mal y separarlo de Dios, para así destruir sus planes.



Los males maléficis

Por males maléficis entendemos los males graves, los trastornos que no son atribuibles a una naturaleza psicofísica, sino que son imputables a una obra dirigida por el Maligno. Aunque son más bien raros, como ya se dijo, estos fenómenos van en aumento en nuestros días. Para reconocerlos e identificarlos, yo me he esforzado por

precisar los términos, con la esperanza de que sean compartidos para tratar de crear un lenguaje unívoco y común que todavía no existe.

Así pues, he enumerado seis tipos de perturbaciones que el demonio puede causar y tres causas por medio de las que se puede caer en estas perturbaciones diabólicas. Sin duda me parece útil conocer e identificar claramente estos trastornos y sus causas, ya sea con un fin preventivo o con uno curativo, cuando se cae en ellos.

Los ataques del demonio

La *posesión* es la perturbación más grave que el demonio puede causar. En esta forma de mal diabólico se tiene la impresión de que el demonio está dentro de una persona, toma posesión de ella hasta el punto de que se sirve de su boca para hablar (aunque es el demonio

el que habla y no la persona) o de sus miembros, y entonces suceden esos fenómenos extraordinarios, casi teatrales, que habitan el imaginario de la gente común y poco informada. Tomemos el ejemplo evangélico del endemoniado de Gerasa:

«Tomaron tierra en la región de los gerasenos, frente a Galilea. Al desembarcar, les salió al encuentro un hombre de la ciudad, poseído por demonios; desde hacía mucho tiempo andaba desnudo y no vivía en ninguna casa, sino en el cementerio. Al ver a Jesús, se puso a gritar y se postró ante él diciendo a voces: “¡Déjame en paz, Jesús, hijo del Dios altísimo! Te ruego que no me atormentes”. Es que Jesús mandaba al espíritu impuro que saliera de aquel hombre. Muchas veces se había apoderado de él; y entonces lo ataba con cadenas y con grillos; pero rompía los ataduras y el demo-

nio lo arrastraba a los despoblados» (Lc 8,26-29).

El endemoniado demuestra una fuerza sobrehumana, se libera por sí solo de grillos y cadenas, y tiene la capacidad de conocer cosas ocultas: en efecto, aunque nunca ha visto a Jesús en su vida, lo llama por su nombre y hasta lo reconoce como Hijo de Dios. De hecho, muchas personas tienen miedo de asistir a mis exorcismos porque temen que el demonio pueda revelar sus pecados, aunque a mí, ciertamente, nunca me ha sucedido, sino en algún caso esporádico. Sin embargo, que el demonio conoce cosas ocultas es un hecho comprobado.

Con seguridad, es la forma de perturbación más fuerte. Sin embargo, no siempre la posesión tiene características tan evidentes, tan vistosas como las del hombre que se arrastra por tierra y al contacto con el agua bendita siente que se quema como si fuera fuego. Existen

muchas formas de posesión diabólica y las más comunes no presentan estos fenómenos tan estridentes, sino solamente grandes sufrimientos, grandes trastornos físicos y psíquicos; algunas veces, durante los exorcismos —que son el momento en el que el demonio se ve obligado a manifestarse con más evidencia—, las posesiones pueden incluso no presentar formas externas llamativas.

Entiendo la *vejación* en estos términos: cuando un ser humano, aunque su persona no esté poseída por el demonio, presenta perturbaciones gravísimas debidas al demonio mismo. No es fácil poder distinguir la vejación de los males naturales. Pongamos, pues, un ejemplo bíblico, porque estos son siempre los más claros y emblemáticos. Veamos en la figura de Job:

«Un día en que sus hijos y sus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa del hermano mayor, un mensaje-

ro llegó a casa de Job y le dijo: "Estaban los bueyes arando y las asnas pastando a su lado, cuando cayeron sobre ellos los sabeos y se los llevaron, después de haber pasado a cuchillo a tus criados. Solo yo pude escapar para traerte la noticia". Todavía estaba hablando, cuando llegó otro, que dijo: "Cayó del cielo el fuego de Dios, que abrasó las ovejas y los pastores, y los devoró. Solo yo pude escapar para traerte la noticia". Aún estaba este hablando, cuando llegó otro, que dijo: "Los caldeos, divididos en tres cuadrillas, se lanzaron sobre los camellos y se los llevaron, después de haber pasado a cuchillo a tus criados. Solo yo pude escapar para traerte la noticia". Estaba todavía hablando, cuando llegó otro, que dijo: "Mientras tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano mayor, se levantó un gran viento del lado del desierto, que sacudió las

cuatro esquinas de la casa, y esta se derrumbó sobre los jóvenes, que quedaron muertos. Solo yo pude escapar para traerte la noticia" [...]. Satanás salió de la presencia del Señor e hirió a Job con una llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza» (Job 1,13-18; 2,7).

Job es golpeado en los afectos: la muerte repentina de todos sus diez hijos; es golpeado en sus bienes: de muy rico pasa de un momento a otro a ser pobre; es golpeado en la salud: era sano y se ve cubierto de llagas de la cabeza a los pies; pero no está poseído por el demonio, en él no está la presencia del demonio.

Aunque los casos de posesión, que hoy van en aumento como todas las perturbaciones maléficas, todavía son pocos; sin embargo, los casos de perturbaciones de carácter maléfico, o vejaciones, son relativamente numerosos. Conoz-

co muchos casos de personas que son atacadas en los afectos: no encuentran esposa o marido, rompen matrimonios y noviazgos sin razón alguna; también de personas que son golpeadas en sus bienes: por ejemplo, empresarios que de repente cometen errores tan garrafales que los llevan a la miseria, o que sin motivo terminan en la calle; muchos casos de comerciantes y artesanos a cuyos prósperos negocios ya nadie entra; casos de perturbaciones físicas. Nótese que se trata de hechos que podrían depender simplemente de motivos naturales, pero que podrían también ser imputados a motivos maléficos. Aquí está, pues, la importancia de que el exorcista sepa distinguir por algunos signos cuándo las perturbaciones se deben a una causa maléfica, y cuándo, en cambio, tienen solo una causa natural.

Algunos tienden a tratar la obsesión y la posesión como sinónimos, pero yo debo distinguir los dos términos.

La *obsesión* se da cuando una persona es asaltada por pensamientos obsesivos invencibles, de los que no logra liberarse y que la llevan cada vez más hacia la desesperación y, en los casos más extremos, al suicidio. Desgraciadamente, este último es uno de los objetivos que el demonio, en cuanto destructor, se propone con todas sus formas de perturbación, pero especialmente con los casos de obsesión, en los que, a menudo, la persona es empujada a la desesperación y al deseo o al intento de quitarse la vida.

La *infestación*, por su parte, es un término que uso reservándolo exclusivamente a las casas, a los objetos y a los animales. Desde los tiempos de la patrística, con Orígenes, encontramos ejemplos de exorcismos efectuados no solo para liberar al hombre, sino también lugares, objetos y animales. El evangelio nos presenta el ejemplo del endemoniado de Gerasa a través de cuya boca el diablo pide al Señor que

le permita transferirse a una piara de cerdos y, efectivamente, entra en esos animales que, en ese momento, quedan endemoniados.

«Jesús le preguntó: “¿Cómo te llamas?”. Él contestó: “Me llamo legión”; porque habían entrado en él muchos demonios. Y le rogaban que no les mandara volver al abismo. Había allí una gran piara de cerdos paciendo en el monte, y le suplicaron que les permitiera entrar en ellos. Él se lo permitió. Los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos, y la piara se lanzó al lago por un precipicio y se ahogó» (Lc 8,30-33).

El caso que más comúnmente se les presenta a todos los exorcistas es el de ser llamados a exorcizar casas en las que se escuchan ruidos extraños y se sienten fenómenos raros que no se pueden explicar humanamente.

Las *perturbaciones físicas* son las perturbaciones en el cuerpo, los dolores físicos súbitos que no tienen que ver con cuestiones de salud y que el demonio puede causar, y de hecho causa, a algunas personas, sobre todo a personas santas, y que el Señor permite para su santificación. También en estos casos hay varios ejemplos: el santo Cura de Ars, que varias veces fue golpeado por el diablo y sacado de la cama; el padre Pío, al que en una ocasión tuvieron que darle puntos en la ceja porque el demonio lo había tirado de la cama y le había golpeado la cabeza contra el suelo.

Así pues, en estos casos no hay ninguna presencia del demonio en la persona, no suceden vejaciones externas que golpean a la persona en sus bienes, en los afectos o en la salud.

Creo que entre estas perturbaciones físicas hay que citar también aquella de la que san Pablo habla de manera muy lacónica, cuando en la segunda Carta a

los corintios escribe que para ser mantenido en la humildad, el Señor permitió que un ángel de Satanás —es decir, un demonio— lo azotara, como un aguijón en la carne; y aunque hubiera pedido largamente ser liberado de ese tormento, san Pablo cargó con esta perturbación, ciertamente de naturaleza maléfica, hasta la tumba.

«Y para que no sea orgulloso por la sublimidad de las revelaciones, me han clavado una espina en el cuerpo, un ángel de Satanás, que me abofetea para que no me haga el soberbio. Tres veces he pedido al Señor que me saque esa espina, y las tres me ha respondido: “Te basta mi gracia, pues mi poder triunfa en la flaqueza”» (2Cor 12,7-9).

La sexta forma de perturbación es la *dependencia demoníaca*, la cual se da cuando una persona sella el llamado

pacto de sangre con Satanás, es decir, se somete con plena voluntad, con total adhesión, a la dependencia de Satanás, tal vez para obtener a cambio favores o éxitos humanos.

Las causas de los ataques

Distingo tres motivos por los que se puede caer en una de estas seis formas de perturbación maléfica. Es importante tener en cuenta las causas, ya que conocerlas es un tratamiento óptimo tanto preventivo como curativo. Una primera causa evidentemente coincide con lo que acabamos de decir. Se trata de una explícita petición de pacto con Satanás que lleva necesariamente a una dependencia demoníaca.

Otra causa es la permisión divina, cuando no hay ninguna intervención humana. Este es un acontecimiento especial que ya encontramos narrado en la

Biblia: en el caso de Job, es directamente el demonio quien por iniciativa propia causa estos disturbios y Dios, como poder supremo, deja que suceda; también en el caso de san Pablo, al que hemos aludido, es Dios quien lo permite. Se encuentran casos de esta permisión divina también en la vida de muchos santos que han sufrido incluso la posesión diabólica. En 1983, el papa Juan Pablo II beatificó a la llamada «pequeña árabe», sor María de Jesús Crucificado, nacida a pocos kilómetros de Nazaret. Esta carmelita vivió momentos en los que el demonio la poseía de manera total, tanto que tuvo necesidad de ser exorcizada. En este caso, para santificar a esta mujer haciéndola practicar de manera heroica la paciencia, la tolerancia, la capacidad de soportar, el Señor permitió —así como puede permitir una enfermedad— que le fueran infligidos sufrimientos en reparación de los pecados de la humanidad.

El maleficio, por su parte, es la última causa de las que he hablado. Una persona puede caer en uno de esos seis males demoníacos definidos como extraordinarios porque sufre un maleficio. Un maleficio es hacer el mal a una persona a través del demonio. La primera voluntad es, pues, la de otra persona. Hay diversos modos por medio de los que es posible hacer un maleficio: la forma más común es el hechizo, también están la atadura, la maldición, el mal de ojo, la macumba, el vudú. Así pues, entiendo «maleficio» como un término genérico, cuya peculiaridad está en el hecho de que la persona afectada no tiene culpa de ello, no es ella quien ha aceptado al demonio, sino que se trata del consentimiento al demonio, de la invitación al demonio, por voluntad de otra persona, que es la que hace este maleficio. En este punto es necesario tener en cuenta que muchas veces los maleficios no consiguen el objetivo que se proponen porque, por

ejemplo, se hacen contra una persona que vive en gracia de Dios, que está unida al Señor y acorazada; se puede decir que en términos generales es casi inmune a los ataques que se le podrían lanzar por medio de los maleficios.

Los síntomas de los ataques

El síntoma más característico de la presencia de un maleficio, al que un exorcista presta atención, es la aversión a lo sagrado por parte de la persona asistida. Esta aversión se puede manifestar en diversas actitudes y comportamientos, desde los más sencillos —como bostezar cuando se reza o se entra en la iglesia, cosas sin importancia, que tomadas por separado pueden tener causas naturales, pero que en conjunto pueden provocar sospecha—, a los más impresionantes (pero no necesariamente concluyentes) —como desmayarse al entrar en la

iglesia, o reaccionar violentamente a la bendición cayéndose o rodando por el suelo, o reconocer el agua bendita sin otros indicios, por ejemplo, cuando está mezclada con los alimentos—.

El *Ritual del exorcismo* indica en particular otros tres signos que podrían ser significativos, aunque claramente puede haber muchos otros, y cuantos más sean, tanta más seguridad se tiene para proceder. Estos tres son: la capacidad de hablar varias lenguas desconocidas, el conocimiento de cosas ocultas y una fuerza sobrehumana. Sin embargo, todos estos son síntomas que se pueden verificar en males de carácter natural. Al respecto, suelo recordar la explicación que dio un jefe de psiquiatría ante un caso de segura posesión maléfica al hablar de esto a un grupo de psiquiatras. Básicamente dijo que los síntomas presentados por la persona resultaban todos conocidos por la ciencia psiquiátrica, pero que en esas dimensiones y

todos presentes al mismo tiempo eran algo absolutamente inconcebible para los estudiosos de esa ciencia.

Sin embargo, ni siquiera esta afirmación es suficiente por sí sola. El exorcista necesita ver síntomas específicos de carácter maléfico, los cuales son verificados solamente haciendo el exorcismo, observando las reacciones a él y viendo cómo se desarrolla el caso en una sucesión de exorcismos. En definitiva, no dudo en decir —pues ya me han sucedido varias veces casos semejantes— que cuando una persona recibe los mejores tratamientos psiquiátricos durante mucho tiempo y no se ve ni la más mínima mejoría, hay motivos para sospechar la presencia de un mal maléfico, y por eso se procede a una serie de exorcismos; cuando la persona se cura, entonces no hay duda sobre el origen de su mal. La curación que se da después de una serie de exorcismos es un signo seguro de que se trata de un mal maléfico.

El hombre y el Maligno

En la historia de los pueblos, el hombre siempre, incluso antes del cristianismo y antes del judaísmo, ha tenido la percepción de lo que podríamos llamar espíritus maléficos; siempre ha tratado de congraciarse con ellos, de defenderse o de liberarse de ellos usando las formas propias y más adecuadas de la cultura del tiempo: de allí provienen los distintos magos, hechiceros y

demás, según la cultura de cada pueblo y de cada época.

Así como puede llegar al conocimiento de la existencia del Creador a partir de la observación racional de lo creado —y es el caso de muchos pensadores y filósofos de la Antigüedad—, la razón humana tiene una vaga percepción de estas realidades no sensibles y ocultas que hemos definido como espíritus maléficos. Ahora bien, así como la verdad de la existencia de Dios y el conocimiento pleno de su naturaleza de Padre misericordioso y trinitario (gran misterio, inaccesible a la sola razón humana) son dados al hombre solo por la revelación, de igual modo solamente por la revelación el hombre tiene la certeza y la precisión sobre el mundo no sensible y oculto, incluso sobre el nombre exacto de esos espíritus —es decir, demonios, como hoy comúnmente se denominan—. No en vano el poder de expulsar los demonios (y también los

milagros y las curaciones) es una prueba de la divinidad de Jesús.

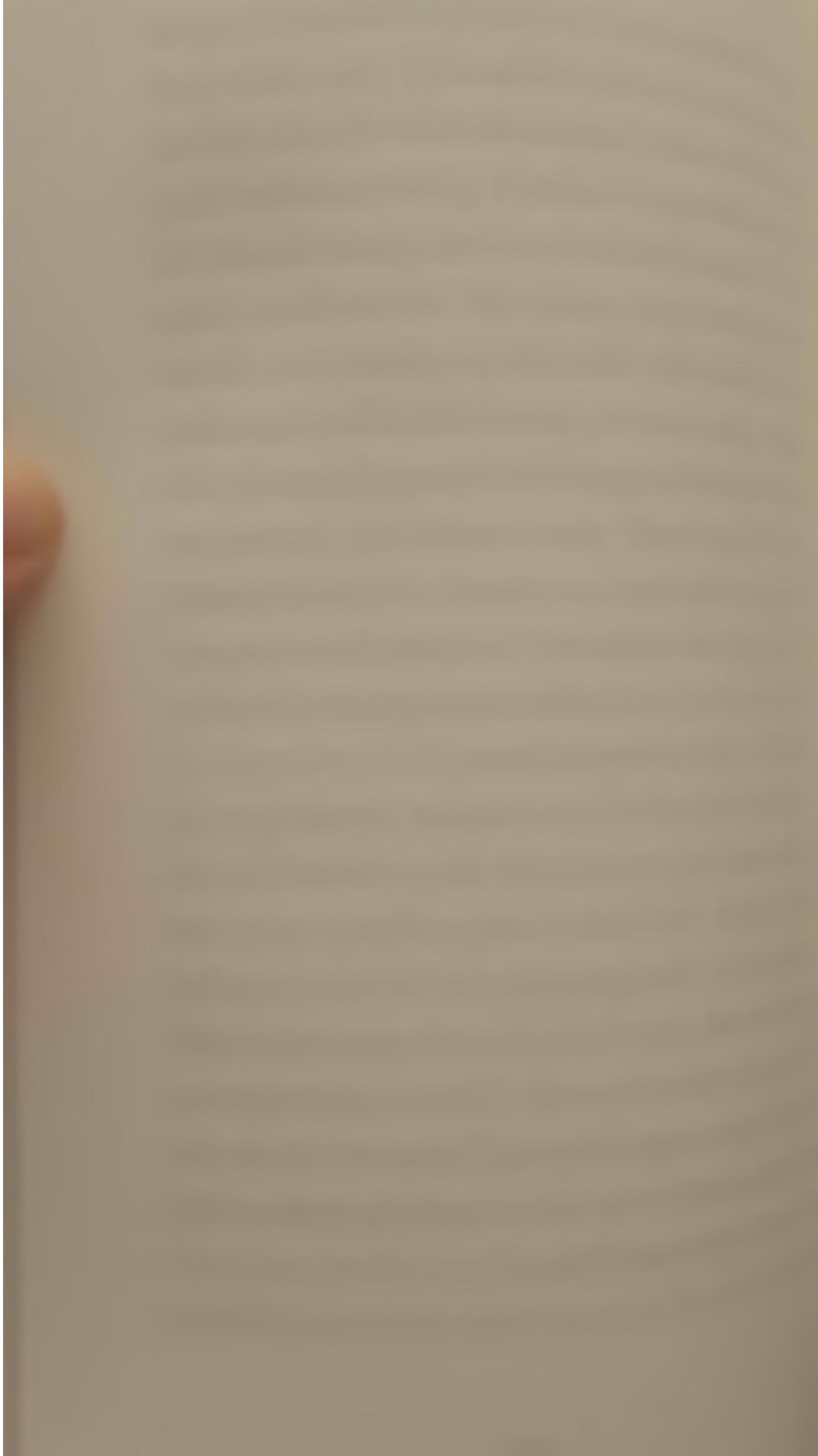
Para ser consecuente con lo que acabo de decir, es importante tener conciencia del hecho de que no captar al demonio significa no entender el plan redentor de Dios, es decir, todo lo que ha sucedido después de la culpa original de Adán, por la cual para el hombre se vuelve una necesidad imprescindible el ser salvado, puesto que él no puede salvarse por sí mismo. Por este motivo debo ver con desilusión que, aunque por razones históricas y culturales precisas que vamos a ver más adelante, actualmente en el mundo católico no solo hay una carencia numérica de exorcistas, sino que, además, en el clero y hasta en los obispos hay una carencia generalizada en creer en la existencia misma del demonio, o por lo menos en su actividad extraordinaria de causar males de carácter maléfico.

En otras palabras, hay una gran insensibilidad por parte de los sacerdotes

respecto a este delicado tema. Por alguna razón que ignoro, he sido acusado de haber molestado mucho a los obispos por este asunto. Suelo responder que el nombramiento de los exorcistas corresponde a los obispos; si faltan exorcistas no puedo culpar de ello a los sacristanes. En realidad yo admiro a los obispos, porque desde que comencé mi actividad, muchas cosas han cambiado y han tomado el cariz adecuado: por lo menos en Italia, en los últimos años el número de los exorcistas ha aumentado (y algunos obispos amigos míos dicen que todo es culpa mía). Sin embargo, es un hecho que tenemos que ver con un episcopado —que es árbitro del nombramiento de los exorcistas— y en general con un clero que desde hace años no estudia (salvo ciertas excepciones) estos problemas de teología espiritual referentes al demonio y a los métodos con los cuales se ha de contrarrestar su acción, un clero que nunca ha asistido a

exorcismos, no los ha practicado y, por tanto, no cree en ellos. Es por esto que vemos tanta incredulidad. Ahora bien, es verdad que entre la gente común hay una credulidad excesiva, pero también es cierto que entre los sacerdotes hay una absoluta falta de preparación. Esto es un grave error, pues si hubiera un clero preparado, podría tranquilizar al noventa y nueve por ciento de casos, en los que no hay presencia de maleficios, y dirigir de manera correcta ese uno por ciento, en los cuales se requiere la asistencia de un exorcista.

Para concluir, podemos decir que la ignorancia acerca de la existencia del demonio es más un peligro que un modo de salvaguardar la vida tranquila; además es una falta de comprensión del designio de amor de Dios con respecto a nosotros, amor que Él ha revelado de manera clarísima con nuestra redención a través de su Hijo.



Cristo, vencedor de Satanás

«En el principio existía aquel que es la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo. Cuanto ha sido hecho en él es vida, y la vida es la luz de los hombres; la luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la sofocaron» (Jn 1,1-5).

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales. El nos ha elegido en Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables a sus ojos. Por puro amor nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos, por medio de Jesucristo y conforme al beneplácito de su voluntad, para hacer resplandecer la gracia maravillosa que nos ha concedido por medio de su querido Hijo. El nos ha obtenido con su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que ha derramado sobre nosotros con una plenitud de sabiduría y de prudencia, dándonos a conocer el designio misterioso de su voluntad, según los planes que se propuso realizar por medio de Cristo cuando se cumpliera el tiempo: recapitular todas las cosas en Cristo, las de los

cielos y las de la tierra. En Cristo también hemos sido hecho herederos, predestinados según el designio del que todo lo hace conforme a su libre voluntad, a fin de que nosotros, los que antes habíamos esperado en Cristo, seamos alabanza de su gloria; también vosotros, los que habéis escuchado la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, en el que habéis creído, habéis sido sellados con el Espíritu Santo prometido, el cual es garantía de nuestra herencia, para la plena liberación del pueblo de Dios y alabanza de su gloria» (Ef 1,3-14).

«Cristo es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque por él mismo fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, lo invisible y lo visible, tanto los tronos como las dominaciones, los principados como las potestades; ab-

solutamente todo fue creado por él y para él, y él mismo existe antes que todas las cosas, y todas subsisten en él. Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia, siendo el principio, el primogénito entre los muertos, para ser el primero en todo, ya que en él quiso el Padre que habitara toda la plenitud. Quiso también por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, pacificándolas por la sangre de la cruz» (Col 1,15-20).

Con la alusión al prólogo del evangelio de Juan y a los dos grandes himnos cristológicos de san Pablo, presentes uno en las primeras páginas de la Carta a los efesios y el otro en las de la Carta a los colosenses, podemos afirmar que todo ha sido creado por Dios en función de Cristo y por Jesucristo; por lo cual Cristo es el centro, el fundamento, la razón de ser de toda criatura.

Esta es la premisa por la cual en toda nuestra reflexión sobre las cosas ultraterrenas y ocultas (pero también sobre las humanas y terrenas) debemos partir del centro de la creación, de la finalidad de la creación, que es Jesucristo. Entonces, a la luz de Cristo comprendemos también el papel de todos los seres creados —especialmente, los seres inteligentes: los ángeles y los hombres— y el de toda la creación material —los astros, el reino animal, el reino vegetal, etc.—. Todo está en función del plan único que tiene su razón de ser en Jesucristo.

La influencia de Cristo es, pues, fundamental y muchas veces no se revela suficientemente. A menudo, en efecto, se parte de esta idea aproximada: Dios (que ha creado solo cosas bellas, buenas y para el bien) habría creado primero los ángeles, seres espirituales a los que dotó de dos grandes facultades: la inteligencia y la libertad, los habría sometido a una prueba, después de la cual algunos

de estos se habrían rebelado contra Él y se habrían convertido en demonios, mientras los otros habrían permanecido fieles y son los que comúnmente se llaman ángeles. Después Dios, según esta creencia, habría creado al hombre, también como ser inteligente y libre, pero no como puro espíritu, sino como compuesto de alma y cuerpo. También el hombre, a su vez, habría sido sometido a una prueba, después de la cual habría fallado (el pecado de Adán y Eva). Entonces a Dios se le habría ocurrido la idea de salvar al hombre por medio de Jesucristo, es decir, enviando a Jesús a la tierra como Salvador. Esta exposición es una impostación que no tiene en cuenta el hecho de que Cristo es el centro del universo entero y que todo ha sido creado por él y en función de él. Por esto, siendo Cristo el centro, el hecho de que él se haya encarnado y haya venido al mundo como Salvador y no como triunfador —como sucederá al

final de los tiempos— es la consecuencia necesaria del pecado original; pero independientemente de este, ya todo había sido creado con vistas a Cristo. Por lo tanto, incluso los ángeles fueron creados con vistas a Cristo, por Cristo, y él les dio algo que algunos Padres de la Iglesia expresan, de manera sintética, de la siguiente manera: los ángeles no gozarían de la visión beatífica de Dios, si no hubiera acontecido la muerte redentora de Cristo, por la cual también ellos han participado de manera fundamental de la redención obrada por Jesús.

San Juan en su primera Carta aclara explícitamente que Cristo, como fin principal de la encarnación, vino para destruir las obras del demonio:

«Quien peca es del diablo, porque el diablo es pecador desde el principio. El Hijo de Dios se ha manifestado para destruir las obras del diablo» (1Jn 3,8).

Así pues, el apóstol destaca la función soteriológica, es decir, salvífica, de Cristo. En definitiva, el poder de Satanás es truncado por Cristo.

El exorcismo en la historia

Amenudo me preguntan si el exorcismo nace de un precepto de la Iglesia o tiene sus raíces en un mandamiento, en una orden dada por Jesús mismo en los evangelios. En realidad, ya los hebreos practicaban exorcismos, pero Jesús ejerció este poder, ante todo, para demostrar su dominio contra el demonio. Expulsar los demonios y hacer milagros es, efectivamente, una de las pruebas de la divinidad de Jesu-

cristo. Luego él dio este mismo poder a los apóstoles y a todos sus seguidores, es decir, a todo cristiano:

«A los que crean les acompañarán estos prodigios: en mi nombre echarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán las serpientes y, aunque beban veneno, no les hará daño, y pondrán sus manos sobre los enfermos y los curarán» (Mc 16,18).

En los primeros tres siglos, en efecto, todos los cristianos expulsaban demonios en el nombre de Jesucristo, y este hecho tenía, por lo demás, una gran importancia apologética puesto que los primeros cristianos, como leemos en Justino, Ireneo, Tertuliano y Orígenes, se mofaban de los paganos porque estos, con el nombre de sus emperadores o de sus dioses, no obtenían nada, mientras que cualquier cristiano en el nombre de Jesucristo expulsaba los demonios.

En el siglo IV, dado que habían comenzado a pulular embusteros y charlatanes, la Iglesia latina —a diferencia de la ortodoxa, que considera el exorcismo como un carisma personal (aunque eso no es motivo de discusión entre las dos Iglesias)— instituyó el sacramental del exorcismo. Desde ese momento, para entenderse es necesario dar a la palabra «exorcismo» un significado específico, porque generalmente con este término se entiende el acto de expulsar demonios llevado a cabo por cualquiera, pero ya en la Iglesia latina por exorcista se entiende el sacerdote exorcista, autorizado por el obispo, que realiza el sacramental del exorcismo usando las oraciones oficiales reservadas a él, las cuales involucran la autoridad de la Iglesia.

Así pues, el Derecho canónico confiere (con base en el artículo 1172) a los obispos y solo a los obispos el poder de nombrar un exorcista. Por este motivo, cuando se encuentra un exorcista ofi-

cial en una diócesis, esto significa que el obispo le ha conferido, para un caso particular o, en general, por un tiempo limitado o incluso ilimitado (especialmente en las grandes ciudades), el poder de pronunciar el sacramental del exorcismo. Debo, sin embargo, subrayar que, al instituir este sacramental para dar mayor fuerza y eficacia al rito y, sobre todo, para garantizar a las personas que buscan la ayuda de un exorcista oficial que no se dirijan a un embustero o a un charlatán, sino a una persona competente, la Iglesia no ha quitado mínimamente el poder que Jesús dio a todos los que creen en él de expulsar al demonio en su nombre por medio de las oraciones de liberación.

A pesar de estos sólidos orígenes, en la Iglesia católica, y exclusivamente en ella, desde hace tres siglos se han abandonado casi totalmente los exorcismos. Hasta hace tres siglos había en el mundo católico muchos exorcistas,

no porque hubiera más endemoniados que hoy, sino por la función predominante de escucha y apaciguamiento de la gente que el exorcista cumple desde siempre.

No obstante, en ese período histórico se dio el terrible fenómeno de la cacería de brujas, es decir, se dejó de exorcizar a las personas que parecían endemoniadas y se empezó a mandarlas a la hoguera. Esa época de locura afortunadamente no duró mucho y fue más atacado el mundo protestante que el católico. Sin embargo, como reacción a esta exasperación que llevaba a demonizar todo, poco a poco se hizo desaparecer y se relegó al olvido cualquier tipo de remedio para esta clase de situaciones; en consecuencia, se dejó de hacer exorcismos y, muchas veces, incluso se dejó de creer en la existencia del demonio.

El gran peso de la cultura del mundo laico racionalista de los siglos siguientes influyó también en el ámbito eclesiásti-

co y terminó de consumir la obra reforzando la tendencia general que hemos descrito. Todo eso llevó históricamente, como ya se ha dicho, a la actual carencia de exorcistas, lo cual es solo el síntoma más evidente de una general y grave falta de preparación de casi todo el clero católico respecto al demonio y a los modos con los cuales se ha de contrarrestar su obra disgregadora extraordinaria. Sin embargo, aunque la situación todavía está lejos del estado deseable, puedo dar testimonio de un cierto mejoramiento de las cosas desde el inicio de mi actividad; una prueba de ello es que al comienzo de los años ochenta, monseñor Balducci (conocido exorcista de la archidiócesis de Roma, fallecido en 2008) decía que en Italia había unos veinte exorcistas, mientras que hoy son más de trescientos.

¿Quién es el exorcista?

Contrariamente a la imagen más bien sensacionalista y distorsionada difundida con respecto a su obra y a su figura, el exorcista es ante todo un hombre de escucha, que trata de entender lo que se requiere en cada caso; es alguien que acerca las personas a Dios, que muchas veces calma y tranquiliza a los que creen ser víctimas de la mala suerte, de un hechizo, o de un malefi-

cio causado por una persona enemiga. Es inútil decir que a menudo esta convicción nace —o se confirma— porque se consulta a las personas equivocadas: magos, cartománticos, presuntos videntes o carismáticos, de los cuales hay una invasión y una continua publicidad en los medios de comunicación.

El exorcista dedica la mínima parte de su tiempo a los exorcismos, precisamente porque la posesión o el mal malféfico son raros. Por ello, la mayoría de las actividades de los exorcistas se dirige a disipar miedos inútiles e infundados. Por último, la tarea del exorcista es la de exorcizar, cuando ve que se dan las condiciones. Dicho esto, no hay duda de que la liberación de la presencia del demonio o de un maleficio es fruto de una intervención extraordinaria de Dios, como una curación milagrosa.

En el momento del exorcismo, alrededor del sacerdote exorcista suele haber ayudantes o asistentes, que deben

ser personas de mucha oración, porque la ayuda principal es precisamente la que viene de la oración. Muchas veces en sus milagros –por ejemplo, cuando cura al ciego de Jericó– Jesús dice: «Tu fe te ha salvado» (Lc 18,42; Mc 10,52). Él quiere la fe no solo de la persona que pide la curación, sino también la de las otras personas presentes que lo acompañan. Con respecto al paralítico que es bajado en su camilla desde el techo, dice el evangelio (Mt 9,2; Mc 2,5) que «al ver su fe» –no solo por la fe de ese hombre, sino también por la de los que lo han acompañado–, Jesús le perdona los pecados y después lo cura. Piénsese en lo importante que es en estos casos la oración de la familia.

Quien ayuda al exorcista, como ya se dijo, debe ser una persona de mucha oración y de nervios fuertes, no exaltada, ni fácilmente impresionable, en fin, una persona que sepa mantener la lengua en su lugar, porque debe saber guardar el

secreto absoluto y profesional: no puede decir nada a la persona que ha sido exorcizada ni mucho menos a otros, no solo con respecto a cómo se ha desarrollado el exorcismo, sino también a qué demonio ha entrado en el asistido. Personalmente, niego conocer incluso a una persona que está bajo mi cuidado y a la que le practico exorcismos todas las semanas desde hace años, porque exijo un secreto absoluto. Para resumir, los asistentes de un exorcista deben ser personas de oración, psicológicamente equilibradas y de gran discreción. Todas estas características, huelga decirlo, deben también estar presentes en el exorcista mismo.

Con respecto a la oración, como ya hemos mencionado, la institución de la figura oficial del exorcista por parte de la Iglesia latina no elimina las oraciones eficaces que cualquier persona de fe puede hacer en favor de una víctima de maleficios. Estas son llamadas «Ora-

ciones de liberación» y pueden ser de diversas formas, pero se puede afirmar con tranquilidad que incluso para los cristianos sencillos el fundamento es: «En el nombre de Cristo, ¡sal de aquí, Satanás!». Jesús solo daba órdenes imperativas directas, y así lo hicieron los apóstoles después de él. Además se pueden hacer oraciones de alabanza a Dios, oraciones de acción de gracias, oraciones indirectas en favor de una determinada persona; no está prescrita ninguna forma particular porque lo que importa es la fe.

Ante una persona que le pide su ayuda, un exorcista debe saber discernir entre un mal psicofísico y un maleficio. Para ello, debe indudablemente tener mucha experiencia para discernir, debe rezar para obtener la luz del Señor, precisamente porque no es como un médico que se apoya en los exámenes médicos, en las historias clínicas. El exorcista se basa, en cambio, en los síntomas. Yo

personalmente procedo de esta manera: en primer lugar, averiguo si el asistido ya ha sido visto por médicos, porque la primera sospecha ante una persona que sufre perturbaciones es que se trate de un mal natural. Luego me fijo en el resultado de las visitas médicas y de los tratamientos, y observo que no haya dudas o contradicciones entre los distintos médicos al dar un diagnóstico. Le doy un poco de importancia, no demasiada, a este aspecto, porque muchas personas van a ver al exorcista diciendo claramente que es su último recurso, después de haber visitado muchos médicos; pero esto no es suficiente, pues sabemos que existen muchos males, sobre todo psíquicos, para los cuales lamentablemente todavía no hay un tratamiento adecuado y satisfactorio, pero siguen siendo males naturales.

Un factor fundamental que un exorcista debe conocer es si el asistido es una persona que reza; si, por lo que de

ella depende, es una persona que participa en la Eucaristía y trata de vivir la vida cristiana. En efecto, es inútil ir a recibir oraciones de bendición, si se vive alejado de los sacramentos; pedirle a nuestro Señor que nos cure de un mal sin vivir en su gracia sería como mofarse de él. Por eso, en cuanto sacerdote, el exorcista ante todo involucra y anima a las personas a orar: uno se puede liberar de los maleficios solo con oraciones y sacramentos, como lo han hecho tantos santos sin necesidad de exorcismos; en cambio, nunca se puede liberar solo con exorcismos y sin oraciones ni sacramentos. Un síntoma muy significativo que un exorcista observa en la persona asistida es la presencia de aversión a lo sagrado, de lo cual ya se habló anteriormente.

Otro factor importante es saber cuándo han comenzado las perturbaciones. Así, por ejemplo, si una persona dice que comenzaron a aparecer cuando

frecuentó magos, sesiones espiritistas o sectas satánicas, hay un motivo de sospecha, insuficiente, pero de todos modos un motivo. Entre los signos característicos más llamativos podrían estar el hablar lenguas desconocidas, saber cosas ocultas, demostrar una fuerza sobrehumana, pero también estos por sí solos son insuficientes.

Otro fenómeno extraordinario que algunos dicen haber encontrado, si bien no se trata propiamente de un síntoma y genera muchas dudas respecto a su autenticidad, es el contacto con los difuntos. Aunque yo no me he topado con tales cosas, efectivamente algunos exorcistas dicen haberlas experimentado. En líneas generales, hay disparidad de pareceres entre los exorcistas; pero se considera que cuando se está seguro de hallarse en presencia de una posesión o de un mal maléfico, y aparecen personas que dicen nombres, apellidos y otras cosas —como ya lo advertía el antiguo

ritual—, son trucos y engaños del demonio: es el demonio mismo el que se hace pasar por el alma de un difunto, pues siempre trata de embaucar, como sucede en los diálogos que se tienen con él, en los que a veces incluso llega a asegurar que ha entrado en una persona por culpa de la suegra que ha hecho un sortilegio, aunque esto no es cierto y está intentando sembrar cizaña.

Hay que andar con mucha cautela al darle crédito a estas cosas. Normalmente creemos que las almas inmediatamente después de la muerte van al infierno, al purgatorio o al paraíso, y, por tanto, no pueden vagar; sin embargo, hay casos que lo dejan a uno perplejo. En mi libro *Exorcistas y psiquiatras* publiqué el parecer de catorce exorcistas de distintas nacionalidades, todos de mucha autoridad. Algunos de ellos, una minoría, afirman haber tenido realmente contacto con personas difuntas y haber liberado al asistido primero de estas presencias

de personas difuntas –no todas maléficas o malas– y luego del demonio. Pero todos los exorcistas afirman que se trata de un problema del cual hablan por su propia experiencia, sin pretender en lo más mínimo dar una explicación, puesto que pueden engañarse y ser engañados, y ceden la palabra a los teólogos y a los biblistas para que lo profundicen.

A pesar de la lista de fenómenos extraordinarios expuestos, debo decir que solo quien tiene una ignorancia total con respecto a este ministerio se imagina que el exorcismo es algo espantoso, traumático. Ese efecto puede darse en los presentes inexpertos, no en la persona víctima, si en el transcurso del exorcismo, o incluso al inicio, se manifiestan reacciones externas violentas o fenómenos extraños.

Finalmente, después de todas las comprobaciones del caso, si hay varios motivos de sospecha, yo procedo con un exorcismo, más con un objetivo diag-

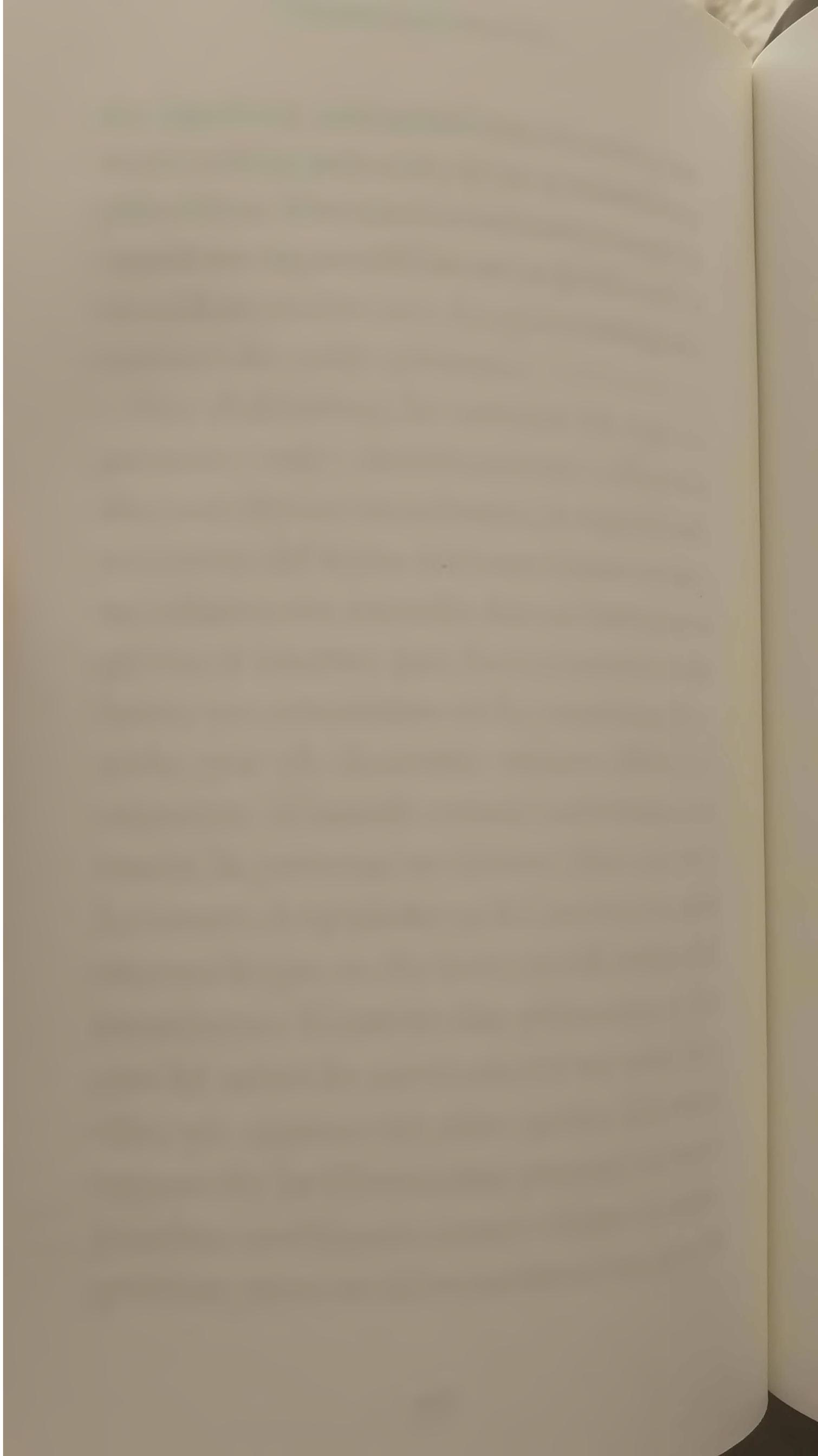
nóstico que curativo, sencillo y breve para verificar si los fenómenos que generan sospecha ocultan o no una causa maléfica. Como quiera que sea, la única seguridad respecto a tales fenómenos es precisamente el hallazgo que se logra con un exorcismo o una serie de exorcismos en las reacciones que se presentan. Como ya se dijo anteriormente, la curación que se obtiene después de una serie de exorcismos es el único signo seguro de que se trataba de un maleficio.

Pero que quede claro que entre los remedios a los que hay que recurrir contra la acción extraordinaria del demonio, pongo el exorcismo en el último lugar en cuanto a su eficacia, inmediatamente después de las oraciones de liberación. Durante un exorcismo, el crucifijo es un instrumento poderoso; pero no siempre, porque las reacciones de las personas son variadas: hay algunas que no resisten a la aspersion de agua bendita; a otras, en cambio,

no les hace nada; lo mismo vale para el crucifijo, para el aceite bendecido y para otras formas. Es necesario que el exorcista sepa adaptarse a cada caso y descubra cuáles son los puntos significativos de cada persona.

En definitiva, la certeza de que la persona sea efectivamente liberada después de un exorcismo, la seguridad, en breve, del éxito del exorcismo se tiene solamente cuando los sufrimientos graves y fuertes que han atormentado hasta ese momento a la persona atacada por el demonio cesan definitivamente. Cuando estos sufrimientos cesan, la persona se siente libre, siente la mente despejada, y, de hecho, es ella misma la que se da cuenta del éxito del exorcismo. Cuando las personas a las que he asistido me comunican este hecho, yo espero un año antes de estar seguro de la liberación, porque a veces pueden verificarse como falsas o temporales; pero en el momento en que se

me anuncia la liberación, yo hago un exorcismo y si la persona ya no tiene ninguna reacción, entonces suelo decirle: «Da gracias al Señor, yo no tengo méritos».



Cómo defenderse del demonio

En presencia de males maléficos es siempre bueno reforzar los propios gestos y oraciones invocando para nosotros y para la persona golpeada una intercesión. Entre todos los posibles, hay tres que se podrían definir como intercesores necesarios: el Espíritu Santo, el nombre de Jesús y el de María Santísima.

A propósito de la Virgen María, conviene destacar un aspecto que no es secundario. Si, como ya se dijo, todo ha sido creado en función de Cristo y por eso en los planes de Dios ya estaba la encarnación del Verbo (quizá como Triunfador y no como Salvador, que primero tuvo que padecer, pero ahora ya como Triunfador y centro de la creación), el segundo ser pensado por Dios, después del primero que es la encarnación del Verbo, no podía ser otro que aquella en la cual el Verbo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se encarnaría. Desde el momento en que por el pecado de Adán la encarnación de Cristo adquirió esta fisonomía particular por la que Jesús vino como Salvador y Redentor, también María, su madre, fue asociada a este papel y fue eximida de la culpa original con vistas a los méritos de Cristo, puesto que ella también es una criatura humana que forma parte de la estirpe de Adán y en cuanto

tal estaría sujeta a la culpa original si no hubiera sido liberada previamente en función de la redención de Cristo. Además, María no solo es madre del Redentor, sino también colaboradora en su obra redentora; no es casualidad que la Inmaculada sea representada por pintores y escultores pisoteando la cabeza de la serpiente, imagen del demonio. Con mayor razón, pues, se trata de una intercesora poderosa.

Siguiendo el orden celestial, ciertamente son eficaces intercesores los arcángeles y los ángeles, que siempre intervienen con sus legiones en la lucha contra el Maligno; para probarlo basta pensar en el libro del Apocalipsis, en donde se narra que en el cielo hubo una lucha de san Miguel, el jefe de las milicias celestiales, contra Satanás y sus ángeles rebeldes; venció el arcángel y los enemigos fueron precipitados al infierno:

«Entonces hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. El dragón y sus ángeles combatieron, pero no pudieron vencer, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Y fue precipitado a la tierra el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama “diablo” y “Satanás”, el seductor del mundo entero, y sus ángeles fueron precipitados con él» (Ap 12,7-9).

Por eso se suele invocar a san Miguel arcángel, en cuanto jefe de los ejércitos angelicales; a su lado yo invoco siempre también a los ángeles custodios de todos los presentes, entre los cuales obviamente no falta nunca san Gabriel arcángel, que es mi patrono.

A menudo se habla de san Benito como patrono de los exorcistas; en realidad, históricamente no se ha comprobado que el papa Honorio III lo haya nombrado como tal, pero dado que no

hay un patrono oficial, entonces lo invocamos a él, que ciertamente fue fortísimo en la lucha contra el demonio. San Benito era monje, tal vez ni siquiera fue sacerdote y con seguridad no era exorcista; la razón de esta identificación está en el hecho de que fue un gran santo y demostró una gran fuerza contra el demonio, pues a menudo lo expulsaba. En especial su medalla es muy eficaz porque contiene muchas frases contra el Maligno.

Por lo que se refiere a los santos, todo exorcista invoca aquellos de los que es más devoto o de los que es más devota la persona que es exorcizada. Un ejemplo práctico para entenderlo mejor: un querido colega mío exorcista, el decano de los exorcistas italianos, que ejerce el ministerio desde hace 46 años, el padre Cipriano de Meo, es vicepostulador para la causa de la beatificación de un hermano suyo capuchino, el padre Matteo, y cuando lo invoca, dado que es de-

votísimo de él, tiene gran eficacia; pero cuando yo lo invoco no pasa lo mismo, porque no tengo la misma devoción del padre Cipriano por este siervo de Dios. Así pues, se puede decir que no hay santos que tengan una fuerza particular contra el demonio; con seguridad todos los santos, en cuanto tales, la tienen, pero nosotros invocamos a aquellos de los que somos más devotos.

Por lo demás, existen muchos casos de santos atormentados por el demonio. Entre los más emblemáticos, incluso porque se trata de un acontecimiento bastante reciente, está el de la hermana carmelita que es conocida como la «pequeña árabe»: sor María de Jesús Crucificado, en efecto, varias veces durante su vida sufrió la auténtica posesión diabólica y tuvo necesidad de ser exorcizada para obtener la liberación. Además, conocemos varios casos de santos, como san Juan Bosco, el santo Cura de Ars, el padre Pío, santa Gema Galgani, santa

Ángela de Foligno, el padre Calabria, y se podría continuar la lista sin fin de los que tuvieron vejaciones diabólicas de las que se liberaron por sí solos, gracias a la oración y a los sacramentos.

Lo fundamental es subrayar que nunca la Biblia nos dice que le tengamos miedo al demonio, porque nos asegura que podemos y debemos resistirle fuertes en la fe. La Biblia nos dice, más bien, que debemos temer al pecado; pero todos los santos lucharon contra el pecado y al combatir el pecado se combate al demonio, como decía Pablo VI en su famoso discurso sobre el demonio del 15 de noviembre de 1972, al preguntarse cómo se hace para contrarrestar al Maligno: «Todo lo que nos defiende del pecado nos defiende de Satanás». Solo debemos tener miedo a no estar en gracia de Dios, lo cual implica confesarse, participar en la Eucaristía, recibir la comunión, hacer la adoración eucarística y orar, especialmente con los Salmos y el

Rosario; todos estos son, entre otras cosas, los mejores remedios contra la actividad extraordinaria del demonio: estamos acorazados si permanecemos en gracia de Dios. Y esto porque, además, el demonio quiere, ante todo, poseer las almas —es decir, hacernos caer en el pecado—, más que provocar perturbaciones, las cuales, como hemos visto y vemos en los santos, en último término obtienen el resultado de la santificación. Los santos, en efecto, ofrecen sus sufrimientos a Dios hasta tal punto que un gran santo como san Juan Crisóstomo dice que el demonio, muy a su pesar, es un santificador de las almas, porque es derrotado y porque causa sufrimientos en estas personas santas que saben ofrecerlos al Señor, de modo que los convierten en medio de santificación.

Oraciones contra el demonio

Padrenuestro

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;

no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Amén.

Avemaría

Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo.

Bendita tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.

Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

Alma de Cristo

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh, buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a ti, para que
con tus santos te alabe
por los siglos de los siglos.
Amén.

Salve Regina

Dios te salve, Reina y Madre
de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra.
Dios te salve. A ti llamamos
los desterrados hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo y llorando,
en este valle de lágrimas.
Ea, pues, Señora, abogada nuestra,

vuelve a nosotros esos
tus ojos misericordiosos,
y después de este destierro
muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima, oh piadosa,
oh dulce Virgen María!
Ruega por nosotros,
santa Madre de Dios,
para que seamos dignos
de alcanzar las promesas
de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

A Jesús Salvador

O Jesús Salvador,
Señor mío y Dios mío,
mi Dios y mi todo,
que con el sacrificio de la cruz
nos has redimido y has derrotado
el poder de Satanás, te ruego me libres
de toda presencia maléfica
y de toda influencia del Maligno.

Te lo pido en tu santo Nombre,
te lo pido por tus santas Llagas,
te lo pido por tu Cruz,
te lo pido por la intercesión de María,
Inmaculada y Dolorosa.

Que la sangre y el agua que brotaron
de tu costado desciendan sobre mí
para purificarme, librarme y curarme.
Amén.

A María

Oh augusta Reina del cielo
y Soberana de los ángeles,
a ti que has recibido de Dios la misión
de aplastar la cabeza de Satanás,
te pedimos humildemente
que nos envíes a las legiones celestiales,
para que por orden tuya
persigan a los demonios,
luchen contra ellos, repriman su audacia
y los arrojen al abismo del infierno.
Amén.

A María Santísima

La Virgen María nos preserve
a todos nosotros y a nuestras familias
de todo ataque del Maligno,
sea físico, mental o espiritual,
e interceda ante su Hijo Jesús,
cuya sangre redimió al mundo
y bajo cuya palabra de vida
toda rodilla se dobla en el cielo,
en la tierra y en el abismo.

Que la Virgen Inmaculada
aleje las asechanzas de las tinieblas
cuya falsa fuerza se rompe impotente
contra su manto bendito bajo el cual
todo hijo se acoge.

Amén.

A san Miguel arcángel

San Miguel arcángel,
defiéndenos en la batalla,

sé nuestro refugio contra la malicia
y las insidias del diablo.
Te rogamos, suplicantes,
que Dios lo domine;
y tú, que presides la milicia celestial,
arroja al infierno, con el divino poder,
a Satanás y a los espíritus malignos
que vagan por el mundo
para la perdición de los hombres.
Amén.

Oración de liberación

Oh Señor, tú eres grande,
eres Dios y Padre.
Nosotros te rogamos,
por la intercesión
y con la ayuda de los arcángeles
Miguel, Rafael y Gabriel,
que nuestros hermanos y hermanas
se vean liberados del Maligno.
De la angustia, la tristeza
y las obsesiones.

Líbranos, Señor.

Del odio, la fornicación y la envidia

Líbranos, Señor.

De los celos, rabia y muerte.

Líbranos, Señor.

De todo pensamiento

de suicidio y aborto.

Líbranos, Señor.

De toda forma de maléfica sexualidad.

Líbranos, Señor.

De la división de familia

y de toda mala amistad.

Líbranos, Señor.

De toda forma de maleficio, hechicería,

brujería y de cualquier mal oculto.

Líbranos, Señor.

Oremos

Oh Señor, que has dicho:

«La paz os dejo, mi paz os doy»,

por la intercesión de la Virgen María,

concédenos ser liberados

de toda maldición

y gozar siempre de tu paz.

Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

Oración de liberación

Señor, Dios omnipotente
y misericordioso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
aleja de mí toda influencia diabólica
de cualquier espíritu Maligno.
Oh Dios, en el nombre de Jesucristo,
te pido romper todo lazo oculto
y maligno que el diablo tenga sobre mí.
Derrama sobre mí
la preciosísima sangre de tu Hijo Jesús.
Haz que su sangre
inmaculada y redentora
rompa todo lazo sobre mi cuerpo
y sobre mi mente.
Oh Santísima Virgen
María Inmaculada,
oh san Miguel arcángel,
me consagro totalmente a vosotros,

interceded por mí y venid pronto
en mi ayuda.

En el nombre de Jesucristo,
mi único Dios y Señor,
ordeno a todo demonio que pueda tener
alguna influencia sobre mí,
que me abandone
inmediatamente y para siempre.

Por la flagelación, la corona de espinas,
la cruz, la sangre
y la resurrección de Jesucristo,
por el Dios verdadero,
por el Dios santo,
por el Dios que todo lo puede,
ordeno a todo demonio
y alma condenada
que pueda tener influencia sobre mí
y en mi casa
que se aleje para siempre
en el nombre de Jesucristo,
mi único Señor y Salvador. Amén.

Oración contra el maleficio

(Ritual griego)

Señor, Dios nuestro, soberano de los siglos, omnipotente y omnipresente.

Tú que has hecho y transformado todo con tu sola voluntad.

Tú que en Babilonia transformaste en rocío la llama del horno calentado siete veces más de lo acostumbrado y protegiste y salvaste a tus tres santos jóvenes.

Tú que eres doctor y médico de nuestras almas.

Tú que eres la salvación de aquellos que se dirigen a ti, te pedimos y te invocamos que hagas vanas, expulses y pongas en fuga todas las potencias diabólicas, las presencias y maquinaciones satánicas, las influencias malignas y los maleficios o males de ojo de personas maléficas y malvadas realizados sobre tu siervo [*decir el nombre*].

Haz que, en cambio, de la envidia y el maleficio obtenga abundancia de bienes, fuerza, éxito y caridad.

Tú, Señor, que amas a los hombres, extiende tus manos poderosas y tus brazos altísimos y potentes y ven a socorrer y visita esta imagen tuya, mandando sobre ella el ángel de la paz, fuerte y protector del alma y el cuerpo, que mantendrá lejos y ahuyentará a cualquier fuerza malvada, envenenamiento y hechicería de personas corruptoras y envidiosas, de modo que bajo tu amparo, tu suplicante protegido te cante con gratitud:

«El Señor es mi defensor y no tendré miedo de lo que pueda hacerme el hombre. No tendré miedo del mal porque tú estás conmigo, tú eres mi Dios, mi fuerza, mi poderoso Señor, Señor de la paz, padre de los siglos futuros».

Sí, Señor Dios nuestro, ten compasión de tu imagen y salva a tu siervo [*decir el nombre*] de todo daño o amena-

za procedente de maleficio, y protégelo poniéndolo por encima de todo mal.

Por la intercesión de la más que bendita y gloriosa Señora, la madre de Dios y siempre Virgen María, de los resplandecientes arcángeles y de todos sus santos.

Amén.

Oración contra todos los males

Espíritu del Señor, Espíritu de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Santísima Trinidad, Virgen Inmaculada, ángeles, arcángeles y santos del paraíso, descend sobre mí.

Fúndeme, Señor, modélame, lléname de ti, utilízame.

Expulsa de mí todas las fuerzas del mal, aniquílalas, destrúyelas, para que yo pueda estar bien y hacer el bien.

Expulsa de mí todos los maleficios, las brujerías, la magia negra, las misas negras, los hechizos, las ataduras, las

maldiciones y el mal de ojo: la infestación diabólica, la posesión diabólica y la obsesión y perfidia; todo lo que es mal, pecado, envidia, celos y perfidia; la enfermedad física, psíquica, moral, espiritual y diabólica.

Destruye todos estos males en el infierno, para que nunca más me toquen a mí ni a ninguna otra criatura en el mundo.

Ordeno y mando con la fuerza de Dios todopoderoso, en nombre de Jesucristo Salvador y por intercesión de la Virgen Inmaculada, a todos los espíritus inmundos y a todas las presencias que me molestan, que me abandonen inmediata y definitivamente y que se vayan al infierno eterno, encadenados por san Miguel arcángel, san Gabriel, san Rafael y nuestros ángeles custodios, aplastados bajo el talón de la Virgen Santísima.

Amén.

Líbrame del mal

Señor Jesús, si alguien me ha hecho mal
a mí, a mi alma, a mi cuerpo,
a mi trabajo o a mi familia,
con tu poder,
por tu misericordia y decisión,
haz que en este mismo momento
se transforme en plena gracia,
en completa salud y en perfecta
unión con el querer
de la Santísima Trinidad.
Te lo pido, oh Jesús, por tus méritos,
por tu sangre preciosa
derramada en la cruz,
por los dolores de la Virgen Madre
y por intercesión del patriarca san José,
para gloria de la Trinidad Santísima.
Amén.

First paragraph of faint text, appearing to be a list or series of entries.

Second paragraph of faint text, continuing the list or series of entries.

Third paragraph of faint text, continuing the list or series of entries.

Fourth paragraph of faint text, continuing the list or series of entries.

Índice

	<i>Págs.</i>
Presentación	7
¿Satanás tiene realmente poder?.....	15
¿Quién es Satanás?.....	20
Cómo obra Satanás.....	23
Los demonios	26
Los males maléficos.....	29
Los ataques del demonio	30
Las causas de los ataques.....	41
Los síntomas de los ataques	44
El hombre y el Maligno.....	47

	Págs.
Cristo, vencedor de Satanás	53
El exorcismo en la historia	61
¿Quién es el exorcista?	67
Cómo defenderse del demonio.....	81
Oraciones contra el demonio	89